

Desde la escritura de *Sobre héroes y tumbas* y concretamente el «Informe sobre ciegos», Sábato vive obsesionado con las figuras de las tinieblas, de las cuales había querido precisamente librarse mediante la escritura de la novela. Pero éstas siguen torturándole desde la oscuridad que él denomina el continente prohibido. Sábato sospecha que casi todo conocido—o desconocido—suyo guarda alguna relación con las potencias tenebrosas. Explora, por ejemplo, posibles vínculos con relación a R., al Dr. Schneider y a su compañera Hedwig. Sospecha que el apoyo de la ciencia racional y de la civilización occidental por parte del doctor Schnitzler no sea más que «una simple repartición del trabajo» llevada a cabo por las potencias tenebrosas [453]. Especula sobre la relación entre cierto general Haushofer, Hitler y el Demonio. Concluye:

Como acabo de decirle, no hay que buscar coherencia en el poder diabólico, pues la coherencia es propia del conocimiento luminoso, y en particular de su máximo exponente, las matemáticas. El poder demoníaco es, a mi juicio, pluralista y ambiguo [83].

Sábato hace referencia a su lectura de libros de ocultismo. A este respecto apunta varios «Datos a tener en cuenta», a saber: comentarios sobre varios de los seis géneros de demonios, sobre los Siete Príncipes Infernales, sobre Isaac «el Ciego», el padre de la Cábala moderna y otros símbolos de importancia para los iniciados [295-296]. La importancia atribuida por Sábato a la ceguera de Isaac subraya su creencia en la relación entre las potencias tenebrosas y los ciegos. Al contrastar lo oculto con el mundo de las matemáticas, Sábato afirma: «Todo eso eran formas de fantasía, ilusiones de delirantes mediocres. Lo único real era la relación entre el hombre y sus dioses, entre el hombre y sus demonios» [273].

En una ocasión, Sábato, en un reportaje, se refiere a la novela que acaba de escribir. Huelga decir que se trata precisamente de la que estamos leyendo. Sábato menciona su vacilación en cuanto al título: Puede ser *El ángel de las tinieblas*. Pero quizá *Abaddón, el exterminador* [279]. Jorge Ledesma, quien le manda mensajes furtivos a Sábato a lo largo de la novela, subraya la victoria del reino de las tinieblas en su última comunicación. Comentando los trabajos más recientes de Sábato, dice Ledesma: «Abaddón o Apollyón, el Angel Bello o Satanás. Basta de intermediarios. Dios, el exterminador» [458].

Sábato el protagonista es al mismo tiempo, dentro de la obra, un novelista. En este estudio no se pretende abarcar un análisis del elemento autobiográfico del autor Sábato y de su personaje homó-

nimo, pero es de notar que a la vez que el personaje Sábato vive sus propias obsesiones, también las observa, como novelista, en personajes de sus obras anteriores. Inclusive cita a uno de ellos, Fernando Vidal Olmos, para hacer hincapié en la derrota de Dios por el Diablo: —La conclusión de Fernando es inevitable. Sigue gobernando el Príncipe de las Tinieblas. Y ese gobierno se hace mediante la Secta de los Ciegos [377].

LA CEGUERA

La ceguera se presenta en *Abaddón, el exterminador* como otra vertiente de la oscuridad, como parte de la negrura que choca contra la luz. Cuando era joven, Sábato experimentó con un gorrión, sacándole los ojos con la punta de una tijera para ver cómo volaba sin ojos. Mucho después, en su ya mencionada estancia en París durante el año del episodio entre Domínguez y Víctor Brauner, forzosamente se enfrenta con la memoria del gorrión cuando se encuentra con el compañero que le había sugerido la idea. Recurre en el presente la imagen del ojo arrancado, pero esta vez no con relación a un gorrión, sino al propio Sábato:

Hacía ya un tiempo que lo acometía una curiosa idea: alguien se acercaba con un gran cuchillo puntiagudo, le agarraba la cabeza con una mano, por la nuca, como suelen hacer los peluqueros, y con la otra le metía la punta del cuchillo en el ojo izquierdo. Mejor dicho, no precisamente en el ojo, sino entre el globo ocular y el hueso de la órbita. Una vez efectuada esta operación, que el individuo ejecutaba con precisa cautela, deslizaba el cuchillo a lo largo de la órbita hasta hacer caer el ojo [446].

Otro episodio de ceguera también le persigue, en la forma de su antigua maestra de escuela María Etchebarne, enceguecida por el ácido que un desconocido misterioso le había arrojado a los ojos en 1923. Quince años más tarde, otra vez en su París de 1938, Sábato afirma haber visto literalmente los mismos ojos de su maestra cuando se fija en una mujer desconocida en el metro. Pasados otros quince años, en 1954, Sábato vuelve a su pueblo, en la Argentina, y sólo entonces llega a sospechar que la ceguera de ella pudo haber sido una venganza de la secta de ciegos.

También a través de referencias a sus novelas anteriores se puede inferir la obsesión de Sábato con los ciegos. Sábato relata que cuando conoce al doctor Ludwig Schneider en 1948, después de la publicación de *El túnel*, la única pregunta que éste le hace versa

precisamente sobre la ceguera de Allende en la novela. La pregunta del doctor Schneider indaga en lo que más le obsesiona al propio Sábato, a saber, los ciegos.

Con la publicación de *Sobre héroes y tumbas*, ya ha dado salida a todas las potencias tenebrosas asociadas con la ceguera. El intento de Sábato para exorcizar a sus demonios, al escribir la novela, sólo logra cristalizarlos de modo que sigan acosándole cada vez más en su propia vida. Lo más significativo, en este respecto, es que vuelve a aparecer Schneider después de la publicación de esta segunda novela, para incitarle en sus obsesiones al igual que había hecho después de la publicación de *El túnel*. Ocurre entre Sábato y Schneider el siguiente diálogo en 1962:

—Parece que usted tiene una obsesión con los ciegos—dijo riéndose groseramente.

—Vidal Olmos es un paranoico—le respondí—. No comentará la ingenuidad de atribuirme a mí todo lo que ese hombre piensa y hace [75].

A pesar de esta protesta, la obsesión de Fernando es la de Sábato, y éste inclusive llega a citar a su personaje para sintetizar sus propias ideas. Fernando vive en el «Informe sobre ciegos» las obsesiones que dominan la vida del personaje Sábato en *Abaddón, el exterminador*. El Sábato novelista de esta obra contempla a su personaje Vidal Olmos: «Lo imaginaba a Fernando rondando en la madrugada aquella entrada del mundo prohibido, y entrando por fin en el universo subterráneo. Las criptas. Los ciegos» [290].

La obsesión de Sábato con los ciegos le hace sospechar que hay alguna relación entre Schneider y la secta. Después de un encuentro con Schneider en 1962, Sábato le sigue en el subterráneo, vigilándole desde el vagón siguiente. Ve acercársele a un ciego que aparentemente vende ballenitas. Cuenta Sábato:

Me estremecí al recordar vertiginosamente a Fernando en el mismo subterráneo y en la misma persecución (pero de quién a quién) y tuve el palpito de lo que iba a suceder: el ciego no pasó delante de Schneider como de una persona cualquiera; su olfato, su oído, acaso algún signo secreto sólo entre ellos conocido, lo hizo detener para venderle ballenitas. Schneider se las compró, pero con otro estremecimiento recordé los desaliñados cuellos que invariablemente llevaba. Después, el ciego siguió su marcha [350].

La fijación terrible de Sábato con relación a los ciegos ya no se distingue de la de su personaje Fernando. Esta actitud hace que Sábato recurra a las precauciones de Fernando, en la necesidad de vigilar